



María José Gómez Sandoval

*Como una
muñequita*



ILUSTRACIONES / Lucía González Lizarazo

Institución Universitaria
Politécnico Grancolombiano

Calle 61 No. 7 - 69
Tel. 7455555, Ext. 1516
Bogotá, Colombia

© Derechos reservados
Primera edición, diciembre de 2024

Como una muñequita

eISBN: 978-628-7662-54-4

Autora

María José Gómez Sandoval

Diseño e ilustración

Lucía González Lizarazo

Editoras académicas

Victoria Eugenia Peters Rada
Marcela Fernanda Téllez Pedraza

Equipo editorial

Director editorial
Eduardo Norman Acevedo

Analista de producción editorial
Guillermo A. González T.

Corrección de estilo
Leonor Delgado

Gómez, María José

Como una muñequita / María José Gómez ; Lucía González Lizarazo,
ilustradora. – Bogotá D.C.: Editorial Politécnico Grancolombiano., 2024.

24 p.; il. col; 14 x 21 cm.

eISBN: 978-628-7662-54-4

1. literatura colombiana 2. Abuso infantil en la Literatura 3. Violencia sexual
4. Cuentos cortos -- Libro ilustrado I. Institución Universitaria Politécnico
Grancolombiano II. Tit.

SCDD 862.7

Sistema Nacional de Bibliotecas - SISNAB
Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano

¿CÓMO CITAR ESTE LIBRO?

Peters Rada, V.E. y Téllez Pedraza, M.F. (Eds.) (2024). *Como una muñequita*. p. 24. Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su tratamiento en cualquier forma o medio existentes o por existir, sin el permiso previo y por escrito de la Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano. Para usos académicos y científicos, la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano accede al licenciamiento Creative Commons del contenido de la obra con: Atribución – No comercial —Compartir igual.

El contenido de esta publicación se puede citar o reproducir con propósitos académicos siempre y cuando se indique la fuente o procedencia. Las opiniones expresadas son responsabilidad exclusiva del autor(es) y no constituye una postura institucional al respecto.

La Editorial del Politécnico Grancolombiano pertenece a la Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia (ASEUC).

El proceso de Gestión editorial y visibilidad en las Publicaciones del Politécnico Grancolombiano se encuentra CERTIFICADO bajo los estándares de la norma ISO 9001: 2015, código de certificación ICONTEC: SC-CER660310.





olía ir al colegio. Era callada y no me gustaba llamar la atención, pero esto no me afectaba. Hasta que un día, de golpe, la vida me dio una vuelta de ciento ochenta grados.

Lo conocí, aunque su nombre es de los pocos que logro recordar hasta ahora: Mario. Él fue lo que podría llamarse “mi primer amor”. Pasaba tiempo conmigo, me miraba, me besaba, incluso sentía que me amaba, y fue así como todo comenzó. Cierta día estábamos en la sala de su casa y su madre había ido por un recado, nos dijo que se demoraría bastante, así que decidimos ver alguna serie de televisión; de esas que ves un viernes por la tarde.





Corrían los primeros minutos y él comenzó a poner su mano sobre uno de mis muslos; ese día llevaba puesta una falda que le permitió subir con facilidad. Extrañamente, aunque sentía un escalofrío raro recorriendo todo mi cuerpo, no quise detenerlo; incluso diría que seguí por completo el hilo de su juego.

Cuando todo acabó, me fui de su casa sin decir nada. Pero, en adelante, pasó algo inédito para mí: Mario no volvió a pasar tiempo conmigo; no volvió a mirarme, ni a besarme, y con ello llegaron algunas lágrimas que me hicieron recordar que así funcionan las cosas cuando alguien te quiere, o ¿no?

Luego de aquel incidente, comencé a ver a otros chicos. Vestía mucho más “provocativa” para que se fijaran en mí; incluso, ajusté el escote en mis blusas, cumplía cada uno de sus pequeños deseos adolescentes, a cambio de que me hicieran sentir estimada e importante. Sentía que si no cumplía con cada cosa que pedían, no me querían ni valdría algo para ellos. Cada beso, cada mano sobre mi cuerpo, cada susurro extraño, despertaba en mí algo cercano a un amor fraternal; me hacía sentir importante, como una reina, y conseguía ser su muñequita.



Esta situación prevaleció así por un largo tiempo hasta que, semanas después, sentí que lo que aparentemente me daba valor, me hacía sentir extraña y muy mal. Empecé a tener constantes pesadillas, en las que una gran silueta negra me perseguía por todas partes, le daba vueltas a mi cabeza y tomaba todo mi cuerpo. Sumado a ello, en el colegio corrían rumores desagradables sobre mí, hasta el punto de asegurar que era una prepagada o que andaba de amores con un profesor.

La tensión creció tanto que tuvieron que llamar a quien cuidaba de mí, quien para ese momento era mi abuela, y desde luego quedó estupefacta tras escuchar cada comentario sobre mí; no sabía si regañarme, abofetearme o llorar. A partir de ese momento, me puso a hacer rezos y a lavarme el cuerpo con una mezcla de sales y agua bendita. Cuando trataba de explicarle lo sucedido, mi abuela solo se echaba la bendición y se alejaba de mí, entonces supe que tenía un problema serio y que sus menajes no arreglarían nada.





Mami era una mujer muy hermosa, pintaba su boca con un hermoso labial rojo y usaba muchos vestidos y faldas llamativos, su mirada brillaba y se veía como si hubiera comido muchísimos dulces, yo quería verme igual a ella, ser una princesa. Sin embargo, un día Mami dejó de usar sus lindos vestidos y los cambió por buzos holgados que escondían todo su cuerpo; aunque así también lucía preciosa, su mirada se había apagado y se veía cansada y llena de dolor. Me extrañé mucho por su cambio, pero cuando vi a Padre tomar un cinturón y golpearla en el abdomen, creí haber entendido todo. Quizá Mami se portó mal y por eso Padre le hacía eso.

A pesar de su actitud con Mami y sus vestidos, Padre parecía diferente conmigo y le gustaba que me pusieran medias con encaje y vestiditos pomposos. Siempre sonreía y me decía lo bonita que me veía; sus cumplidos me hacían sentir realmente feliz, hasta que un día pasó algo muy poco habitual. Como de costumbre, Mami me había puesto un vestido hermoso, de color rosa, mi favorito; pero ese día ella tuvo que salir de casa y me dejó con Padre. Tan pronto Mami se fue, Padre se acercó a la mesa del comedor, donde yo jugaba con mis muñecas y me dijo: ¡ven y jugamos, mi niña!



Yo, bastante emocionada porque Padre nunca tenía tiempo para jugar conmigo, accedí. Él me cargó y me puso sobre sus piernas, me dijo que para este juego tenía que cerrar mis ojos, respirar hondo y quedarme tan quieta y linda como una muñequita. También me dijo que una de las condiciones del juego era que Mami no podía enterarse, porque si lo hacía, él tendría que castigarme. Muy emocionada accedí y prometí guardar el secreto. Padre empezó a meter su mano bajo mi vestido y aunque quise decir algo, recordé lo que había dicho: “quieta como una muñequita”. Al terminar de jugar, me sentí muy extraña, mi cuerpo estaba helado, pero Padre dijo que no debía preocuparme y me dio un beso en la frente.





Al pasar las semanas, Mami empezó a dejarme más tiempo sola con Padre, y entonces él se acercaba y me invitaba a jugar “quieta como una muñequita”. Empecé a sentir algo de miedo, ya que las últimas veces Padre se tornaba algo agresivo y me dolían mucho las piernas; tanto, que en ocasiones no dormía del gran dolor que sentía. Empecé a tener pesadillas con muñecas con las que también jugaba, todas sentían dolor en su cuerpo y no entendían lo que estaba sucediendo. Yo no comprendía por qué algo que debería hacerme feliz, me causaba tanta angustia, miedo y dolor.



Era mi segundo semestre de universidad en la carrera de Administración de Empresas. Luego de haber investigado sobre esta profesión, fue la que más me llamó la atención, así que apliqué y conseguí una muy buena beca para estudiar. Estaba realmente orgullosa de mí; sin embargo, mi novio Fabio no parecía estar de acuerdo con todo esto.

Fabio y yo llevábamos tres años juntos; comenzamos a salir cuando yo estaba en grado once. Era mi caballero soñado, me regalaba flores por cada cosa que hacía y cada cosa que no. Me daba todo el amor que siempre había deseado tener en mi vida, pero cuando yo no actuaba como él quería o en su misma dirección, se portaba algo fuerte. Me tomaba del brazo, me empujaba y me gritaba que era inútil como todas las mujeres. A pesar de que me sentía incómoda cuando esto ocurría, yo tan solo trataba de hacerle caso, creyendo que si estaba castigándome era porque algo había hecho mal, ¿no?





Durante unos meses más todo siguió bien, hasta que Fabio me pidió matrimonio. Me sentí muy feliz y a la vez me sorprendió mucho, pues fue realmente romántica la forma en que lo hizo. No obstante, después de aquel mágico momento, con el pasar de las semanas empezó a comportarse como el hombre más frío del mundo; no me miraba, no me tocaba, y casi que me besaba por obligación.

Una mañana, mientras estaba en uno de los jardines de la universidad mirando mi anillo de compromiso y con los ojos algo llorosos, una chica se acercó y tocó mi hombro. Desde lejos había visto mi cara de preocupación y me preguntó si me encontraba bien. Con un nudo en la garganta le dije que sí; aunque la chica sabía que realmente no lo estaba. Me dijo que su nombre era Olivia y que si necesitaba dialogar podía buscarla. Me entregó una tarjeta y se fue.

Pasaron algunas semanas y Fabio cada vez se volvía más frío; yo persistía en mantener la relación porque lo amaba, e incluso sentía que podía ser yo quien estaba portándose mal. Hasta aquel viernes en la tarde cuando llegó a buscarme a las oficinas de la facultad, me acerqué para besarlo y noté una marca extraña en su cuello. De inmediato, empecé a reclamarle y preguntarle qué era lo que tenía; a pesar de su resistencia logré jalar su camisa y me di cuenta de que tenía un chupete en su cuello. Claramente, yo no era quien se lo había hecho.

En ese momento me llené de tanta ira, que le di una cachetada y él me la devolvió con más fuerza. De inmediato tomé mis cosas, le tiré el anillo en el rostro y salí corriendo invadida por las lágrimas y el desespero. No sabía qué hacer, pero estaba segura de que no quería volver a verlo, ni a repetir un episodio de violencia. Era claro que necesitaba ayuda.

Contacté por teléfono a Olivia ese mismo día, y al escucharme tan mal, fue a buscarme de inmediato. Le conté todo lo que había pasado conmigo y con Fabio. Ella me pidió que tratara de calmarme y me llevó a un lugar de la universidad que nunca había visto. Resultó ser la oficina donde coordinaban un programa de ayuda y apoyo a mujeres que, como yo, estuvieran viviendo situaciones de violencia y maltrato. Al comienzo fue muy difícil aceptarlo; hasta minimicé todo lo que me había sucedido, pero cuando me recibieron, me di cuenta de que era un hecho.





Al día siguiente, fui a ver a una terapeuta vinculada al programa de apoyo. Me sentía asustada porque nunca había hablado con nadie sobre mi vida, así que, de a poco, fui desenvolviendo cada herida y cada trauma que me había acompañado. Lo más crudo fue cuando finalmente lo dije en voz alta y le conté la forma en que a mis quince años empecé a sexualizar mi cuerpo y todo lo que había ocurrido con Mario, mi “desastroso primer amor”. También le dije que cuando tenía seis años, mi padre jugaba conmigo algo llamado “quieta como una muñequita”. Cuando le describí cómo funcionaba el dichoso juego, la terapeuta parecía querer llorar, pero se contuvo para mantener su profesionalismo y, acorde a la descripción que yo le había dado, me reveló que Padre había abusado de mí cuando era niña, un incontable número de veces.



Cuando me enteré de la verdad, no lo podía creer. Alguna vez pensé que podría haber sido así, pero mis recuerdos habían estado bloqueados en mi cabeza hasta ese día. Desde entonces, decidí frecuentar el programa para reunirme con Olivia y con mi terapeuta. También para conocer a otras mujeres que, al igual que yo, habían pasado por cosas similares. Con el tiempo empecé a sanar y, aunque faltaba mucho camino, por fin estaba viendo la luz. Finalmente, ya había dejado de ser “su muñequita”.

